

# *Una Dicción Propia: poetisas inglesas del s. XVIII*

Margarita ARDANAZ MORÁN  
Universidad Complutense de Madrid

## ABSTRACT

The production of English eighteenth century women poets provides an essential ingredient to a better understanding of women's contribution to literary history, as well as furthering knowledge of the expanding book trade and the increase in number of the reading public in that period. The aim of this article is to outline the social and literary context of this phenomenon, and to illustrate the main topics chosen by these women writers as themes of their poems.

## 1. CONTEXTO HISTORICO Y LITERARIO

La importancia de la literatura escrita por mujeres es hoy un hecho incontestable y fundamental para entender no sólo la aportación de la mujer al mundo intelectual, sino también ciertas claves del hecho literario mismo. Pero, dentro de ese gran ámbito es evidente que tanto los ss. XIX y XX, desde el punto de vista histórico, como la prosa, desde el punto de vista genérico, han tenido un tratamiento preferente por parte de la crítica. Quizá por eso llame aún más la atención un fenómeno mucho menos conocido, como es el de las poetisas inglesas del s. XVIII.

Roger Lonsdale, en su libro *Eighteenth Century Women Poets* (1989) ha antologado el increíble número de 107 poetisas, al tiempo que señala que tan sólo unas cuantas tuvieron un lugar en las antologías de su época. Y lo que también

sorprende, en contra de lo que podríamos suponer, es que pertenecen a todas las clases sociales, y algunas de ellas mantienen el anonimato bajo la fórmula de «A Lady».

Es evidente que este fenómeno no se puede desligar, en términos sociales e históricos, de las transformaciones que se producen en la Inglaterra del s. XVIII. Dentro de la rapidísima expansión del comercio del libro durante esta época, estas escritoras eran tanto productoras como consumidoras; o seguramente mejor sería decir que eran productoras porque eran consumidoras. La evolución del fenómeno del libro afectó claramente a este sector, de manera que si en la primera década del s. XVIII tan sólo dos mujeres habían publicado alguna antología de sus versos, en la última década lo habían hecho más de treinta.

La mayor parte de la poesía escrita por mujeres en el s. XVIII había desaparecido o bien no fue nunca dada a conocer, y solamente esos pocos nombres, entre los que se encuentran Mrs. Winchilsea, Lady Mary Wortley Montagu o Mrs. Greville habían encontrado un lugar marginal en el canon del período augusteano. También es justo señalar que, aunque fueran prácticamente desconocidas para el gran público, ya había habido algunos precedentes importantes en el s. XVII, entre los que cabe señalar el caso de Katherine Philips, cuya poesía había sido publicada en los 1660s, antes de su temprana muerte, y el de Aphra Behn, una dramaturga y poetisa de éxito, que escribió durante los 1670s y 1680s.

¿Se podría considerar todo esto como consecuencia de que la Restauración trajo una nueva confianza en la capacidad literaria femenina? Lo cierto es que con el cambio de siglo, exactamente en 1700, aparece la primera publicación importante: una colección de poemas escritos por mujeres a la muerte de John Dryden, bajo el título de *The Nine Muses*.

A partir de 1730 iba a ser más fácil para las mujeres publicar sus versos, porque la revista *Gentleman's Magazine*, editada por Edward Cave, y que llegaría a ser con el tiempo la más influyente de las publicaciones del momento, daría cabida en sus páginas a colaboradoras femeninas. También a partir de esa fecha empezó a ser normal el hecho de que las mujeres publicaran libros de poesía por el sistema de suscripción. En muchas ocasiones, la finalidad no era tanto el estimular la escritura cuanto el ayudar a una «deserving sister, wife or mother» con algún tipo de aportación financiera.

Si bien es cierto que en muchos casos las publicaciones y suscripciones eran totalmente locales, no lo es menos que constituía un fenómeno auténticamente popular y al margen de los acontecimientos literarios londinenses. Parece claro también que las propias poetisas tenían que soportar a menudo una gran hostilidad por parte de otras congéneres.

Los tres ejemplos más interesantes en los que se intentó sistematizar o al

menos hacer una antología de los acontecimientos literarios más relevantes llevados a cabo por escritoras fueron los siguientes: un primer libro de George Ballard, publicado por Oxford University Press en 1752, con el título de *Memoirs of Several Ladies of Great Britain who have been celebrated for their writings*. El segundo, de John Duncombe, publicado en 1754, se titulaba *The Feminiad*, y posteriormente fue revisado en 1757 con el título de *The Feminead*; era una lista de la mayor parte de escritoras del período de la post-Restauración. El tercero era un libro publicado en 1755 por George Colman y Bonnell Thornton con el título de *Poems by Eminent Ladies*. Estos tres libros, editados por hombres, ayudaron a establecer algo así como un nuevo canon de autoras, aunque, eso sí, considerando siempre su «supposed creativity» como «a gender-collective phenomenon».

Hacia mediados del s. XVIII había un consenso mayoritario en cuanto a que las mujeres merecían una educación más esmerada, al menos para cumplir de manera más satisfactoria sus papeles de hijas, esposas y madres. Esto provocó una inmediata simpatía masculina «oficial» hacia las mujeres escritoras, siempre dentro de ciertos límites, naturalmente.

También es importante tener en cuenta que se produjo una mejora considerable en la calidad de las reseñas literarias, propiciada, fundamentalmente, primero, por la *Monthly Review* (desde 1749), dirigida por Ralph Griffith, y después por la *Critical Review* (desde 1756), cuyo editor era Smollet. La «opinión oficial» mantenida por este tipo de «crítica oficial» era la de que la poesía escrita por mujeres debería caracterizarse por «the beautiful, the soft, the delicate»; de forma que la Epica, la Tragedia o la Sátira —los géneros considerados serios— estaban excluidos de sus capacidades literarias. Las mujeres que habían logrado con éxito invadir el territorio literario masculino —Elizabeth Carter o Lady Montagu— serían consideradas como excepciones más que como modelos.

Aparte de la discriminación sexual deberíamos tener en cuenta la discriminación de clase que sufrían las escritoras de las clases bajas. La idea de «la femme savante», o de la dama culta y aristocrática como un elemento indispensable en los salones londinenses no tiene nada que ver con las escritoras pobres y anónimas, las cuales seguramente escribían impulsadas por su propia necesidad interior, para verbalizar sus sentimientos, frustraciones y deseos; todo ello resultado natural de su radical soledad y de su falta de interlocutor. Su poesía en este sentido podría ser considerada más como una especie muy particular y personal de diario que como un medio de conseguir audiencia o prestigio.

A las mujeres de las clases altas les encantaba la posibilidad de poseer una mejor educación y con frecuencia se convertían en protectoras o mecenas de autores jóvenes. En cualquier caso, el punto de vista predominante era el

masculino y queda perfectamente ilustrado en la opinión que mantenía Richard Steele cuando en 1712 definía al poeta como «a very well-bred man».

Tal como Lonsdale señala, es bien sabido que Richardson tenía un círculo de amigas con las que mantenía correspondencia, algunas de las cuales se convirtieron en autoras, y cuya opinión buscaba siempre ansioso cuando estaba escribiendo sus novelas. Aunque sus cartas nos revelan una imagen de «female genius» contra el escepticismo de algunos de sus amigos y amigas, él no fue una excepción en cuanto a la insistencia acerca de las responsabilidades prioritarias de la mujer: «The great and indispensable duties of women are of the domestic kind; and... if a woman neglects those, or despises them, for the sake of science itself, which I call learning, she is good for nothing» (Lonsdale, 1989: XXIX y XXX). Esta carta se la dirige Richardson a Lady Bradshaigh en 1753.

Todo lo dicho anteriormente implica que las mujeres deberían cultivar su mente no como un fin en sí mismo, sino para llegar a ser «intellectual as well as domestic, companions to men of the best sense». Richardson insiste también en otra carta a Lady Bradshaigh en la importancia que va a jugar el gusto femenino: «The men are hastening apace, dwindling into index, into common-place, into dictionary learning. The ladies, in turn, will tell them what is in the works themselves, only taking care, as I hope, not to neglect their domestic duties» (Lonsdale, 1989: XXX).

También sabemos que Samuel Johnson ofreció consejo y ayuda a un número de escritoras, especialmente a Anna Williams, que era ciega, y a Charlotte Lennox. Pero Johnson explicaba el aumento de escritoras simplemente como parte del fenómeno más amplio de la expansión del mercado del libro en «the Age of Authors», en la que aquellos «of all degrees of ability, of every kind of education, of every profession and employment» pasaban a la condición de impresos. Aunque la cita sea un poco larga merece la pena señalar lo que decía Samuel Johnson:

In former times, the pen, like the sword, was considered as consigned by nature to the hands of men; the ladies contented themselves with private virtues and domestic excellence; and a female writer, like a female warrior, was considered as a kind of eccentric being, that deviated, however illustriously, from her due sphere of motion, and was, therefore, rather to be gazed at with wonder, than countenanced by imitation. But as the times past are said to have seen a nation of Amazons, who drew the bow and wielded the battle-ax, formed encampments and wasted nations; the revolution of the years has now produced a generation of Amazons of the pen, who with the spirit of their predecessors have set masculine tyranny at defiance, asserted their claim to the regions of science, and seem resolved to contest the usurpation of virility».

(Lonsdale, 1989: XXX)

## 2. CONTEXTO SOCIAL

Pero si pensamos en la historia literaria, este fenómeno de las mujeres poetas no puede ni debe ser tomado como un simple acontecimiento literario. Debe ser analizado en el contexto de la sociedad del s. XVIII, esto es, el momento de esplendor de la *Royal Society*, del *Bank of England*, de la *Age of Reason and Science*, y del momento del surgimiento de la novela moderna.

En términos estrictamente literarios es evidente que, como Ian Watt indica, el individualismo económico está detrás del nuevo sentido del realismo que respiran los personajes de la nueva novela. También aparece un nuevo sentido de la geografía, del tiempo y del espacio, basados en ese nuevo sentido de las circunstancias personales.

Es verdad que el nacimiento de la novela puede relacionarse con el aumento del número de lectores e indirectamente con el de las lectoras-escritoras. Burke estimaba el número de lectores en 80.000 en los 1790s. Si tenemos en cuenta que la población era de alrededor de 6.000.000, tenemos un 14 % de lectores.

Johnson ya había hablado en 1781 de «a nation of readers» y seguramente era cierto si comparamos Inglaterra con otros países europeos. Muchos viajeros se quedaban sorprendidos cuando cruzaban el canal por el hecho de que la mayor parte de las tiendas y establecimientos públicos tenían sus propios nombres escritos en la puerta, en lugar de las señales visuales. La mayor parte de la gente era capaz de leer aquellos nombres. Creo que podemos decir que la Inglaterra del s. XVIII era una «bookish society»; pero también hay que añadir que esto era verdad sólo en el caso de la sociedad urbana. En el campo y entre las familias más pobres 3/4 partes de la población no sabía leer.

A todo lo anterior hay que añadir que no existía un sistema oficial y organizado de educación, de forma que la asistencia a la escuela era totalmente irregular e intermitente. Los niños de las clases más bajas dejaban con frecuencia la escuela a los seis o siete años, después de haber conseguido los más elementales rudimentos de la lectura. Si alguna vez continuaban o volvían era de manera esporádica y siempre que no hubiera trabajo en los campos o en las fábricas.

Las escuelas de caridad y las escuelas dominicales ofrecía educación y disciplina social gratis, pero su principal énfasis era la educación religiosa y los buenos modales. La enseñanza de *Reading, Writing, and Arithmetic* (the three R's) era un objetivo secundario y con pocas expectativas de éxito. De esta forma se puede decir que es muy improbable que el *Charity School Movement* aportase algo realmente efectivo a la alfabetización de la población, y mucho menos al incremento del número de lectores. Además, el punto de vista utilitarista y

mercantilista acerca de la educación está muy claramente expresado por Bernard Mandeville en su *Essay on Charity and Charity Schools* (1723), donde dice:

Reading, Writing, and Arithmetic are... very pernicious to the Poor Men who are to remain and end their days in a laborious tiresome, and painful station of life; the sooner they are put upon it at first, the more patiently they will submit to it for ever after. (Watt, 1985: 42)

De este modo, saber leer era un requisito necesario solamente para aquellos ciudadanos de la clase media que fueran a tener una ocupación profesional y laboral o que se dedicaran al comercio o a la administración.

Alrededor del 50 % de la población vivía tan cerca de un mero nivel de subsistencia que muy poco les debía quedar para lujos tales como los libros o los periódicos. A esto tenemos que añadir el alto precio de aquéllos: el salario medio de un trabajador era de 10 chelines por semana, mientras que el precio de un ejemplar de *Robinson Crusoe* era de cinco; es decir, que si con el precio de una novela se podía alimentar una familia durante una semana, no podemos decir que la novela fuera en el s. XVIII una forma literaria popular, y la poesía mucho menos.

La popularidad de la literatura en el s. XVIII hay que asociarla con las publicaciones de tipo periódico, que, además de información de carácter general, incluían cuentos, novelas por entregas, poemas, refranes, efemérides, etc., al precio de un penique. También tuvo mucha importancia el fenómeno de las bibliotecas ambulantes, que permitían tener y hacer lectores asiduos en todos los lugares del país al módico precio de 1/2 a 1 guinea la suscripción anual, y un penique por libro prestado. Este sistema de biblioteca conllevó el más notable incremento en el número de lectores. Como señala Ian Watt, «The distribution of leisure in the period supports and amplifies the picture already given of the composition of the reading public; and it also supplies the best evidence available to explain the increasing part in it played by women readers» (Watt, 1985: 47).

También es importante señalar que se iba a producir una clara tendencia a que la literatura se convirtiera en un «primarily feminine pursuit». Y ello especialmente para las mujeres de las clases alta y media, debido al hecho de que no era habitual en ellas dedicarse a la política, los negocios o la administración. Los pasatiempos masculinos, tales como la caza y la bebida estaban también vedados para ellas, de forma que les quedaba mucho tiempo libre que ocupaban, con frecuencia, con la lectura omnívora. Este tipo de actividad era naturalmente desconocido para la población campesina que trabajaba de sol a sol y para la inmensa mayoría de los trabajadores londinenses, cuyo horario solía ser de seis de la mañana a nueve de la noche.

Otro hecho importante era la radical limitación de espacio a la que estaban

sometidas las clases bajas, que no disponían ni de la mínima intimidad que el ejercicio de la lectura requiere. Sin embargo, había un grupo de trabajadores que en este sentido podría considerarse como privilegiado, y era el de los aprendices y el del servicio doméstico, ya que en las casas en las que servían solía haber libros y no tenían que pagar por el alojamiento y la comida, además de disponer de sus propias habitaciones. Es de destacar que representaban el grupo más numeroso de trabajadores en el país.

Tal y como A. R. Humphreys ha observado, con mucha frecuencia pensamos en este período con demasiados prejuicios, destacando los aspectos más frívolos de la moda y la decoración, o los más racionalistas de la edad de la razón. El s. XVIII fue un período de un interés social extraordinario. Las condiciones políticas, intelectuales y económicas eran favorables a un humanismo práctico. El desarrollo de Londres en este período es espectacular: pasa de 500.000 hab. a 750.000 en los primeros cincuenta años del siglo; en 1800 ya casi tenía 1.000.000, convirtiéndose en la ciudad más grande de la cristiandad, mientras que ninguna otra ciudad de Inglaterra sobrepasaba los 50.000 habitantes. Pero el fenómeno no solamente supuso un incremento de población, sino un cambio en la fisonomía externa. El florecimiento económico y urbano cambió también el sentido de las obligaciones domésticas y del ocio de las mujeres, tal y como ha señalado J. H. Plumb. Un viajero de la época comenta que las inglesas casi no hacían labores de costura, porque podían comprar la ropa manufacturada, y, además, muchas de las mujeres (incluso las de los trabajadores) no trabajaban fuera de casa, con lo cual disponían de una gran cantidad de tiempo para ellas mismas.

### 3. TEMAS Y PREOCUPACIONES FUNDAMENTALES

Una vez considerados los factores sociales y literarios más importantes a la hora de explicar el incremento del número de lectores en el s. XVIII y, dentro de ese fenómeno, el de la actividad literaria de las mujeres, pasemos a revisar los temas y las preocupaciones más recurrentes en las poetisas de ese período. Si repasáramos la nómina de todas y cada una de ellas —cosa imposible en un trabajo de estas características— veríamos que ningún tema les era ajeno. Sin embargo, desde los primeros ejemplos que da Lonsdale, tales como Lady Chudleigh (1656-1710) hasta la última autora, una de las características temáticas recurrentes es la reflexión sobre su propia condición de mujeres. Lady Chudleigh, en su poema *The Ladies Defence*, dice:

'Tis Hard we should be by the men despised,  
Yet kept from knowing what would make us prized;

Debarred from knowledge, banished from the schools,  
An with the utmost industry bred fools;

/...../

(1701: 2)

Y en el poema *To the Ladies* añade:

Wife and servant are the same,  
But only differ in the name:  
For when the fatal knot is tied,  
Which nothing, nothing can divide,  
When she the word *Obey* has said,  
And man by law supreme has made,  
Then all that's kind is laid aside,  
And nothing left but state and pride.

.....  
Value yourself, and men despise:  
You must be proud, if you'll be wise.

/...../

(1703: 3)

La condesa de Winchilsea (1661-1720), una mujer de gran cultura literaria, alabada por Wordsworth y cuyos poemas habían sido publicados en varias antologías, combina un tono arcádico-clásico en su *A Pastoral Dialogue between two Shepherdesses* (1709: 9-11), con otros títulos más originales y humorísticos, tales como *Adam Posed* (1709: 12). Sarah Egerton (1670-1723) insiste en la idea de la esclavitud social de la mujer en su poema *Emulation* (1703: 31). Elizabeth Thomas (1675-1731), que incluso llegó a estar confinada en prisión por deudas, escribió *On Sir J. S. saying in a Sarcastic Manner, My Books would make me Mad. An Ode*, en cuya primera estrofa se rebela contra la costura y la charla, como las dos únicas prerrogativas domésticas de la mujer (1722: 40). También escribió sobre uno de los temas más queridos de estas poetisas, el de los animales domésticos. El destinatario del poema es en este caso una perra y lleva como título *Jill, a Pindaric Ode*. Este es el principio y el final del poema:

Nine times the sun his yearly course had run,  
And twice nine moons with changing lustre shone,  
Since Jill's first breath and love to me begun.  
Fine was her mien, and most exact her form,  
Black sparkling eyes her lovely face adorned;

.....  
At last, as I sat grieving by her side,  
She fixed her fainting eyes on mine, then fetched a sigh and died (1722: 42)

Lady Mary Wortley Montagu (1689-1762), una de las más conocidas y respetadas autoras de este período, escribe de manera desenfadada y atrevida acerca de una de las prácticas sociales más utilizadas por las damas, como era el desmayo oportuno y provocado. El poema se titula *A Receipt to Cure the Vapours*

y en él la autora insta a Delia a que se cure su melancolía con un joven inteligente y apuesto (wr. 1730?, pub. 1748: 66-67). Creo que es un buen ejemplo del tono libre y espontáneo, opuesto a las imitaciones de la grandilocuencia clásica y que refleja la liberación de los complejos de inferioridad de la mujer. Un tipo de poesía más autobiográfica que imitativa, más preocupada por los propios sentimientos que por «los grandes temas» de la época.

No podía faltar como tema importante el de los hijos. Es un tema tratado por una gran cantidad de poetisas y desde todos los puntos de vista posibles: abortos, niños muertos al poco de nacer, madres gestantes que esperan a su hijo, la contemplación de los niños en el sueño o en el juego, etc. La lista completa de títulos, siempre explícitos, sería interminable, pero voy a dar simplemente algunos, sin especificar autoras, para ilustrar la importancia que el niño tiene en la vida de estas mujeres: *To an Infant expiring the second Day of its Birth; On the Death of an Infant of Five days old, being a beautiful but abortive Birth; On Viewing her Sleeping Infant; To a Little Invisible Being who is Expected soon to Become Visible; Written a few Hours before the Birth of a Child; The Natural Child; A Mother to her Waking Infant; Written on Seeing her Two Sons at Play; To an Unborn Infant; On my own little Daughter, Four Years old.*

Si la vida y la muerte de los niños está muy presente, también lo está la memoria después de la muerte y la utilización de los epitafios. Frecuentemente se veía la tumba como un lugar de paz y de descanso, y el ejemplo máximo que podríamos dar de este tema es el poema *An Epitaph on Herself* (wr. by 1750, pub. 1763: 115), de Mehetabel Wright (1697-1750). La autora describe la agonía de la vida, el sufrimiento y el dolor, hasta que, por fin, llega el lugar de paz, deseado durante tanto tiempo, y en donde toda pena moral acaba; el corazón roto ya no sangrará más.

Volviendo al tema de los niños, algunas mujeres, como, por ejemplo, Mary Barber (c. 1690-1757), confesaban que comenzaron a escribir poesía con el propósito de formar la mentalidad de sus hijos, haciéndoles aprender de memoria ciertas normas y enseñándoles a hablar con claridad. Esta autora tiene un simpático poema titulado *Written for my son, and spoken by him at his first Putting on Breeches* (1731: 120-21), en el que el niño habla en primera persona de los inconvenientes y molestias de usar el primer par de pantalones, zapatos de mayor y otro tipo de prendas de vestir incómodas.

Si en ciertos aspectos la domesticidad, el sentido del humor es una de las claves para entender este tipo de poesía, no lo es menos que la constante preocupación sobre el patriarcado nos vuelve a recordar el carácter esencialmente reivindicativo y social de la misma. La sumisión a la autoridad masculina da origen a algunos de los poemas más dramáticos. Un buen ejemplo sería *Woman's*

*Hard Fate*, un poema anónimo en el que se describe la triple tiranía del Padre/Hermano/Esposo:

How wretched is a woman's fate,  
No happy change her fortune knows;  
Subject to man in every state,  
How can she then be free from woes?

In youth, a father's stern command  
And jealous eyes control her will:  
A lordly brother watchful stands  
To keep her closer captive still.

The Tyrant husband next appears,  
With awful and contracted brow;  
No more a lover's form he wears:  
Her slave's become her sovereign now.

/...../

(1733: 136)

Una actitud incluso más combativa es la adoptada por Anna Laetitia Barbauld (1743-1825), en *The Rights of Women*, cuya primera estrofa dice:

Yes, injured Woman! rise, assert thy rights!  
Woman! too long degraded, scorned, oppressed;  
O born to rule in partial Law's despite,  
Resumen thy native empire o'er the breast!

/...../

(wr. c. 1795, pub. 1825: 305-6)

O por Mathilda Betham (1776-1852), en *The Power of Women* (wr. c. 1798, pub. 1905: 502-3).

Las referencias bibliográficas a la literatura del momento tienen también un sitio en la memoria de estas poetisas y uno de los ejemplos más significativos es *An Essay on Woman*, de Mary Leapor (1722-46), que toma el título y la idea de *An Essay on Man* (1733), de Alexander Pope, y cuyos primeros versos rezan así:

We wish not the mechanic arts to scan,  
But leave the slavish work to selfish man!  
He claims alone the privilege to war,  
But 'tis our smiles that must reward the scar!  
We need not these heroic dangers brave,  
Who hold the laurelled conqueror a slave.

.....

We have the substance, *they* may keep the name!

/...../

(wr. by 1746, pub. 1751: 207-8)

Antes de concluir estas reflexiones considero oportuno hacer mención de algunos «temas menores», llenos de ironía y sentido del humor, y para los que sólo las mujeres parecen haber tenido sensibilidad. Es el caso, por ejemplo, de *Soliloquy on an Empty Purse*, de Mary Jones (d. 1778), cuya primera estrofa dice:

Alas, my Purse! how lean and low!  
 My silken Purse! what art thou now!  
 Once I beheld - but stocks will fall -  
 When both my ends had wherewithal.  
 When I within thy slender fence  
 My fortune placed, and confidence;  
 A poet's fortune! - not immense:  
 Yet, mixed with keys, and coins among,  
 Chinked to the melody of song

(1750: 161-3)

O de *On Viewing herself in a Glass*, donde Elizabeth Teft (fl. 1741-7) pone en primera persona la sorpresa que su propia fealdad le produce, tema éste totalmente inédito en una época en la que las convenciones estéticas, sobre todo referidas a la mujer, eran admitidas como dogma de fe.

Was Nature angry when she formed my clay?  
 Or, urged by haste to finish, could not stay?  
 Or dressed with all her store some perfect she.  
 So lavish there, she'd none to spare for me?  
 .....  
 When self-surveyed, the glass hears this reply:  
 «Dear! what a strange, unpolished thing am I!»  
 /...../

(1747: 218)

El sentido del humor se ve reforzado en el poema por la utilización de los pareados heroicos y por el hecho de que el propio espejo tome la palabra.

Charlotte Lennox (1729?-1804) insiste en este mismo tema, aunque desde otro punto de vista, en el poema *The Art of Coquetry* (1747: 222-3) y advierte de la estudiada sofisticación y de las artimañas que la coquetería impone.

Pero, aparte del ámbito estrictamente doméstico, en el que habría que incluir todos los temas mencionados hasta ahora, las poetisas del s. XVIII también escriben sobre problemas históricos y sociales, tradicionalmente acaparados por el yo poético masculino. Hannah More (1745-1833) tiene un poema titulado *Slavery*, en el que el tono apasionado está perfectamente arropado por cuidados pareados en pentámetros yámbicos. Doy algunos versos como ejemplo:

No: they have heads to think, and hearts to feel,  
 And souls to act with firm, though erring, zeal;  
 For they have keen affections, kind desires,  
 Love strong as death, and active patriot fires;  
 .....  
 And thou, White Savage! whether lust of gold,  
 Or lust of conquest, rule thee uncontrolled!  
 Hero, or Robber! - by whatever name  
 Thou plead thy impious claim to wealth or fame;

Whether inferior mischhiefs be thy boast,  
A petty tyrant rifling Gambia's coast.

[.....]

(1788: 330-31)

También escribió *Patient Joe, or the Newcastle Collier* (1795: 331-33), que es un poema escrito en forma de balada acerca de la condición de los mineros de las cuencas del norte de Inglaterra.

Sabemos que la ginebra y el juego eran dos de los principales problemas sociales de las clases bajas. Hannah More recuerda ese problema en *The Gin-Shop; or, A Peep into Prison* (1795: 334-35). Mary Alcock (c. 1742-98) toma la idea y parte del título de William Blake para su poema *The Chimney-Sweeper's Complaint* (1799: 463-64), en el que el propio deshollinador hace un lamento en primera persona.

Mary Collier (1690?-c. 1762), nacida en Midhurst, Sussex, de familia humilde, huérfana temprana y lavandera hasta los sesenta y tres años, escribió uno de los poemas más conmovedores desde el punto de vista de la realidad social de las mujeres, titulado *The Woman's Labour: An Epistle to Mr. Stephen Duck* y que lleva el subtítulo de *The Washerwoman*. Valgan estos versos sueltos como ilustración:

When bright Orion glitters in the skies  
In winter nights, then early we must rise;  
The weather ne'er so bad, wind, rain or snow,  
Our work appointed, we must rise and go,  
While you on easy beds may lie and sleep,  
Till light does through your chamber-windows peep.

.....  
We labour hard before the morning's past,  
Because we fear the time runs on too fast.

.....  
Until with heat and work, 'tis often known,  
Not only sweat but blood runs trickling down  
Our wrists and fingers: stil our work demands  
The constant action of our labouring hands.

.....  
And, after all our toil and labour past,  
Sixpence or eightpence pays us off at last;  
For all our pains no prospect can we see  
Attend us, but old age and poverty

(1739: 172-73)

La Revolución Francesa, uno de los acontecimientos que más marcaron la historia social y política de finales del s. XVIII, está también presente en nuestras autoras. Charlotte Smith (1749-1806) escoge precisamente uno de los aspectos menos gratos y menos difundidos, como es el de la desilusión que siguió a la última y más sangrienta fase, conocida como la época del terror. El poema se

titula *The Emigrants: A Poem* y lleva el subtítulo de *Disillusion with the French Revolution* (1793: 370-71).

No me gustaría terminar estas consideraciones sin mencionar dos irónicos e inteligentes poemas que demuestran la injustamente denegada maestría que las mujeres tienen para ironizar sobre su propia capacidad literaria. Uno es de Mary Alcock, antes mencionada, y cuyo título es *A Receipt for Writing a Novel* (1799: 466-68); el otro es de Elizabeth Moody (d. 1814) y lleva el significativo título, seguramente tomado del *Fausto* de Marlowe, de *Sappho Burns her Books and Cultivates the Culinary Arts*. El poema está lleno de guiños y referencias literarias al lector, de las que he entresacado las siguientes:

Companions of my favourite hours,  
.....

Guarini, Dante, honoured names,  
.....

Alas, my Petrarch's gentle loves!  
My Tasso's rich enchanted groves!  
My Ariosto's fairy dreams,  
And all my loved Italian themes!

.....  
Goddess of Culinary Art,  
Now take possession of my heart!

/...../

(1798: 406-07)

#### 4. CONCLUSION

A modo de conclusión provisional, ya que lo que hemos pretendido es una presentación del contexto literario y social para ubicar los temas fundamentales de estas autoras, diremos que se podrían establecer tres grandes apartados temáticos:

1. El mundo de la intimidad y del hogar como fuente metafórica y en el que estarían incluidos los poemas dedicados a los animales, a los niños, al matrimonio, al amor y a la muerte.
2. El mundo exterior, en el que incluiríamos los poemas de carácter laboral, social e histórico.
3. El mundo autorreflexivo, que es el apartado más extenso y más interesante desde el punto de vista de los lectores del s. XX, y que abarcaría todos los poemas en torno a la propia condición de ser mujer y escritora.

En cualquier caso, nos parece fundamental la aportación realista y autobiográfica, en el más estricto sentido, que estas escritoras nos ofrecen en un siglo que si se caracterizó por algo fue por su extraordinario artificio literario.

## BIBLIOGRAFIA

- Dickinson, H. T. (ed.) (1974). *Politics and Literature in the Eighteenth Century*. London: Dent.
- Dobrée, B. (1959). *English Literature in the Early Eighteenth Century, 1700-1740*. Oxford: Oxford University Press.
- Ford, B. (ed.) (1982). *The New Pelican guide to English Literature, 4, From Dryden to Johnson*. Harmondsworth: Penguin.
- Gilbert, Sandra, & Gubar, Susan (1979). *The Mad Woman in the Attic*. New Haven: Harvard University Press.
- Jacobus, Mary (ed.) (1979). *Women Writing and Writing About Women*. London: Croom Helm.
- Lonsdale, Roger (ed.) (1989). *Eighteenth Century Women Poets*. Oxford: Oxford University Press.
- Novak, M. (1982). *Eighteenth Century English Literature*. London: Macmillan (Macmillan History of Lit.).
- Roger, P. (ed.) (1978). *The Context of English Literature, the Eighteenth Century*. London: Methuen.
- (ed.) (1983). *Restoration and 18th Century Prose and Poetry*. London: Macmillan.
- Showalter, Elaine (1977). *A Literature of Their Own*. New Jersey: Princeton University Press.
- Stephen, L. (1965). *English Literature and Society in the Eighteenth Century*. London: Duckworth.
- Tillotson, G., et al. (1969). *Eighteenth Century English Literature*. N. Y.: Harcourt Brace Jovanovich.
- Watt, Ian (1985). *The Rise of the Novel*. Harmondsworth: Penguin.
- Willey, B. (1980). *The Eighteenth Century Background: Studies in the Idea of Nature in the Thought of the Period*. London: Chatto and Windus.

**Nota:** Todas las citas textuales de los poemas llevan la referencia de fecha y página de la edición de Lonsdale, citada en la bibliografía.